



Archivo ACdP

Discurso público de la Acción Católica en Valencia. Preside monseñor Marcelino Olaechea, arzobispo de Valencia. A la derecha de Haro, en segunda posición, figura otro socio, el siervo de Dios Juan José Barcia Goyanes.

El propagandista José María Haro Salvador: “Siervo bueno y fiel”

● El presidente Fernando Martín-Sánchez impulsó su Causa de Canonización

Valencia / JUAN CARLOS VALDERRAMA

Si la Asociación no produjese también flores de santidad, estaríamos perdidos”. Así animaba en 1967 Fernando Martín-Sánchez Juliá al entonces presidente, Abelardo Algora Marco, a promover entre los socios todos de la ACdP la recopilación de cuantos testimonios pudieran servir al inicio de la causa de beatificación de José María Haro, “eximio y santo compañero” del Centro de Valencia.

Apenas había transcurrido un año y medio desde su fallecimiento en olor de santidad, el 6 de agosto de 1965. Heroicamente vivida, hasta la extenuación, fue la suya una entrega pronta y fecunda al servicio de la Iglesia y de la sociedad de Valencia, que aún guarda memoria de su nombre y sigue gozando de muchos de los frutos de su actividad, constante.

De origen humilde, campesino, Haro nació en Cheste el 24 de abril de 1904, estudió con los Hermanos Maristas de Valencia y fue becario en el Colegio Mayor del Patriarca Juan de Ribera en Burjassot, formando parte de su tercera promoción. Ahí coincidió con lo más gra-

José María Haro fue secretario local de Valencia, sucediendo en el puesto al Beato Luis Campos Górriz

nado de la intelectualidad valenciana del momento (Lain Entralgo, Calvo Serer, López Ibor, Corts Grau, etc.), en cuya lista hubiera podido también él inscribir su nombre de no haber sido llamado a gastar su vida

en una actividad infatigable al servicio de las necesidades de la Iglesia. Llevado vocacionalmente a los estudios de Magisterio, presidió la Asociación de Estudiantes Católicos, matriculándose a su término en la Facultad de Derecho.

Haro, propagandista

Su paso por la Facultad finalizará en 1928, obteniendo las máximas calificaciones académicas. Cosa admirable si se tienen en cuenta sus responsabilidades, primero como secretario y luego como presidente, en la Federación Regional de Estudiantes Católicos –cuyo gobierno había abandonado en 1926 el beato Luis Campos Górriz con ocasión de su primer traslado a Madrid para su doctorado– y como vocal correspondiente en la Confederación Nacional. Este mismo año de 1926 fue el de su incorporación a la

Maestro y juez, fue siempre fiel colaborador del los arzobispos de Valencia en las misiones que le encomendaron

Asociación en el Centro de Valencia, que apenas contaba con tres años de vida, y de la que con el tiempo fue secretario local y consejero nacional. Junto a quien por entonces era secretario del Centro, Juan Contreras, marqués de Lozoya, Luis Lúcia, el propio Campos Górriz, Antonio Lázaro, Mariano Puigdollers, Miguel y José María Castells y otros, Haro participó activamente en la organización regional de las Juventudes Católicas, siguiendo el llamamiento que los Metropolitanos españoles habían realizado al siervo de Dios Ángel Herrera Oria en 1925 de movilización de la juventud católica española.

Don Ángel le llamó para ocuparse de esta tarea en la Secretaría General, una vez Campos Górriz regresó a Valencia tras la exitosa celebración del I Congreso de Juventudes Católicas del año 27. Sin embargo, no pasó en Madrid sino unos meses, hasta ganar oposiciones a Judicatura en 1929. Juez de Orcera (Jaén), de Viver (Castellón), la Guerra Civil le sorprendió en Valencia siendo juez de primera instancia en Villar del Arzobispo. Poco sabemos de sus experiencias durante la contienda. Muchos de sus compañeros tuvieron ocasión entonces de dar su vida por la fe. Él, en cambio, perseguido prontamente y detenido, logró providencialmente escapar del pelotón que iba a asesinarle, ocultándose durante el resto de la guerra.

Repuesto en su cargo tras la contienda, ingresó en el nuevo Cuerpo de la Magistratura del Trabajo, ocupando el cargo de subdelegado provincial. A partir de entonces su actividad se moverá siempre en esa doble dirección de la Magistratura y el compromiso activo, originario y entrañable, por la enseñanza. Éste será, de hecho, su celo principal: la edificación de los maestros y, por ellos y con ellos, la regeneración social.



Acto de colocación de la primera piedra del templo de Nuestra Señora. de Gracia (1943). En el centro, monseñor Prudencio Melo, arzobispo de Valencia. A su derecha, Antonio Rodilla, vicario de la Archidiócesis entonces y consiliario del Centro de Valencia.

Consejero del Servicio Español del Magisterio, desde 1940 hasta 1944 presidió la Junta Provincial de Primera Enseñanza, desde la que pondrá en marcha innumerables proyectos destinados a la conformación en la sociedad valenciana de un nuevo tejido educativo enormemente ambicioso en su planteamiento y de marcado espíritu apostólico y social. Presidente también, por doce años (1942-1954), de la rama de Hombres de la Acción Católica, su dedicación a la magistratura y a la enseñanza cobrará una extraordinaria dimensión a partir de la llegada a la Archidiócesis de monseñor Marcelino Olaechea (1946) con quien trabajó en estrechísima y muy afectuosa relación.

El servicio a los pastores

El ardor apostólico del nuevo arzobispo encontró en Haro un respaldo inquebrantable, una fidelidad tal que, tras su muerte, le llevará a proclamar públicamente la certeza personal sobre su santidad. Con él contó el prelado para la puesta en marcha de la Asociación Católica de Maestros de Valencia (1947) y la dirección del Banco de Nuestra Señora de los Desamparados; para los patronatos diocesanos de Viviendas Sociales y de Educación e Instrucción, para la Junta de Empréstitos y la de Nuevos

Templos —¿podrían las viviendas familiares, los templos y las escuelas no ser tomadas necesariamente juntas?—; para una infatigable labor de creación de centros escolares y Escuelas de Magisterio de la Iglesia, etcétera. Alma, siempre, de las obras que promovió y en las que participó con su trabajo ordenado y diligente, con su palabra parca pero justa, con su obediencia discreta, humilde, no malgastó José María Haro los talentos que le fueron natural y sobrenaturalmente confiados, sino que los derramó hasta el extremo haciendo de su vida un holocausto a la mayor gloria de Dios. Y así mismo, como sirvió, entregó su alma, joven todavía, derramando en quienes lo trataron el *bonus odor Christi* que es razón de todo apostolado.

Su esposa, María Luisa Sabater y sus ocho hijos iniciaron inmediatamente, a petición del arzobispo y con la compañía de los hombres que colaboraron con él en la Acción Católica, en la ACdP y en la Asociación Católica de Maestros, la tarea de recopilar toda la documentación oportuna para la instrucción de su Causa de Beatificación, aquella de la que en 1967 Martín-Sánchez informaba al presidente Algora. Un número elevadísimo de testimonios y documentos aguardan desde entonces la instrucción oficial de este proceso.